

CAPÍTULO 1

BARCELONA, MARTES 25 de enero de 2005

Miro hacia el exterior. No se ve nada. Los cristales de la cafetería parecen glaseados. Están empañados por los más de veinte grados de diferencia que hay entre la temperatura del interior del local y la de la calle. Alguien acaba de dirigirse a mí. No le conozco. Paso de él. Debe ser alguno de esos pesados que se pirran por cualquier escoba con faldas. No le hago ningún caso porque además, hoy da la casualidad de que llevo pantalones. Por hoy ya he tenido suficiente. Me levanto de la mesa y me dirijo con el paso decidido hacia el mostrador. Quiero pagar el cortado que acabo de beberme para marcharme de inmediato. Deseo librarme del pelmazo de turno que me ha tocado en suertes. He tomado un simple cortado con el café descafeinado de sobre, con la leche desnatada y endulzado con solo medio sobre de sacarina en polvo.

Tengo la sensación de que ese cortado es el fiel reflejo de mi vida actual. Todo se me ha convertido en una serie interminable de sucedáneos. Los cafés son ya siempre sin cafeína. La leche que les acompaña nunca tiene crema. Los edulcorantes son todos de fabricación sintética y nunca contienen azúcar de verdad. La poca cerveza que tomo es también sin alcohol. Las relaciones que tengo son sin amistad. Las amistades son pura rutina y sin prácticamente nada que compartir. El amor no tiene

destinatario y para colmo de todo ello, el sexo, el sexo es siempre sin compañía.

—¿Qué le debo? —pregunto de forma mecánica.

—Un euro con veinte, señorita —responde el camarero marcando las correspondientes cifras en la caja registradora.

Abro el portamonedas y coloco una moneda de dos euros, en el mismo platillo de color marrón en el que el camarero acaba de depositar el ticket. Por lo menos me ha llamado, señorita. ¿Va a convertirse eso en la única nota amable de esta jornada? La verdad es que ya no deben quedar muchas más opciones para que eso no sea una realidad, porque el día ya está en su recta final.

—¿Siempre te comportas así con todos? —oigo que sigue insistiendo el incansable moscón—. ¿Sabes que tienes unos ojos de gata que me hacen perder el sentido?

—Si sigue molestándome, llamaré a la policía —le advierto de forma tajante mientras recojo y me guardo temporalmente las monedas del cambio, en el bolsillo derecho de mi abrigo—. No me impresionan los pesados como tú —añado y acompaño esta última frase con una mirada directa y llena de profundo desprecio hacia el plasta de tío que me está importunando.

—Siéntate, Rafael. Haz el favor de no molestar más a la señorita en mi establecimiento. Si no dejas de hacerlo, te pondré yo mismo de patitas en la calle —le insta el dueño del bar.

Ignoro también este último comentario y salgo a la calle. En un acto reflejo, me subo la solapa del abrigo para protegerme del intenso frío que noto al salir al exterior. Me recoloco el pañuelo de color rojo que llevo anudado al cuello. Me doy cuenta de que me cuesta mucho realizar este sencillo cometido porque antes de salir del local, ya me había colocado los guantes.

Son poco más de las siete y media de la tarde y la temperatura baila de forma caprichosa. Va alternando sus dígitos entre el tres y el cuatro de la escala centígrada. Comienzo a bajar por el Paseo de Gracia en dirección a la Plaza de Catalunya. Camino absorta en mis pensamientos pero sigo atenta a todos y a todo lo que me rodea. Al llegar a la confluencia con la Gran Vía, me detengo para mirar los reclamos de las películas que publicitan los carteles exteriores del cine Comedia. Mis ojos se centran rápidamente en la protagonista femenina de la película que se proyecta en la Sala número 2. Gwyneth Paltrow es mi artista favorita y lo es por muchas y variopintas razones. La primera y la que desencadenó mi interés inicial por ella, es que sus iniciales coinciden con las mías. La segunda razón se cimentó en la sorpresa de descubrir que éramos también del mismo signo zodiacal. Las dos nacimos bajo el signo de Libra. Ambas estamos pues, marcadas por el signo de la justicia y vivimos bajo el influjo directo del planeta Venus. Y aunque la Paltrow celebra los aniversarios con dos días de antelación, soy yo la que le lleva seis años de ventaja. Esas dos coincidencias me empujaron hacia la curiosidad de conocer su personalidad y a comenzar a querer verme en ella, como en el reflejo de un deseado espejo.

Mientras miro los reclamos, pienso en que he visto todas las películas en las que Gwyneth ha tenido un papel de actriz, por pequeño que éste haya sido. Las recuerdo todas a la perfección. Sé que solo son ficciones de la realidad, pero a mi me han servido de ayuda en mis particulares estados de ánimo y de dudas. Me he acostumbrado a comparar mis reacciones con las que conozco de ella, o mejor dicho, por las de sus personajes interpretados.

La nueva película lleva pocos días en cartel. Miro la hora y puedo constatar que hace unos veinte minutos que ha comenzado la sesión. Es ya una autentica realidad

que hoy no ha sido un día de suerte para mí y estoy comprobando que tampoco tiene visos de mejorar antes de que éste termine.

El título de la película se las trae, aunque no renunciaré por ello a verla. No obstante, *'Sky Captain y el mundo de mañana'*, tendrá que esperar hasta el próximo sábado por la tarde. Para ello, tendré primero que convencer a la loca de mi amiga Mercedes para que me acompañe. Odio ir yo sola al cine. Creo que no me tendré que esforzar mucho para convencerla. Estoy segura de que lograré su compañía con la ayuda de un pequeño soborno. Se me antoja que una tentadora oferta de invitación a tomar un chocolate suizo en nuestra Granja preferida de la calle Petrixol, resultará definitiva.

Abandono los vestíbulos exteriores del cine y cruzo la Gran Vía de les Corts Catalanes, por el paso de peatones contiguo a los jardines de la Reina Victoria. Me viene a la memoria la forma con la que ha comenzado el día. Me he despertado tarde y mal. Tarde, porque el despertador no ha logrado realizar con éxito la única misión que justifica su existencia en este mundo. A mi me trae sin cuidado si la alarma ha sonado o si no lo ha hecho. Lo cierto es que no me ha despertado y esa es la única cuestión relevante que me importa considerar. Y también me he despertado mal, porque ha sido mi madre la que ha sustituido al despertador. Lo ha hecho susurrándome al oído una frasecita desafortunada y de una forma que aborrezco totalmente. Su débil hilillo de voz, se ha parecido mucho más a un rezo misógino en una aldea africana que a una verdadera llamada de urgencia.

—Hija mía, despierta. Vas a llegar tarde al trabajo. No gastes tiempo en hacerte la cama porque aprovecharé para cambiarle las sábanas.

Siempre me he preguntado porque mi madre es totalmente incapaz de despertarme gritando un sencillo pero

imperativo y efectivo. “*Georgina, haz el puto favor de levantarte de una puta vez*”. Me gustaría que en alguna ocasión se decidiera a actuar con fuerza, en lugar de hacerlo constantemente con acciones de corte débil e inseguro. Yo era muy pequeña cuando todo aquello sucedió, pero he llegado al total convencimiento de que ella decidió morirse lentamente, poco a poco, día a día, sin prisa pero sin pausa, desde el preciso momento en el que murió mi padre.

Continúo con mi particular labor de seguir repasando el comienzo del día mientras sigo caminando. Esta mañana he tenido que coger el ‘Metro’ para no llegar tarde al trabajo y allí he tenido la segunda experiencia negativa del día.

No me gusta el transporte público en horas punta. Son tan solo dos tramos de la Línea 3, los que están comprendidos entre las estaciones de la Plaza de Catalunya y la Diagonal, los que separan mi casa de mi lugar de trabajo. Y yo acostumbro a realizar el trayecto siempre a pie. Me gusta caminar. Pero esta mañana no he tenido otro remedio que coger el Metro. Pues bien, justo en el momento en que se abrían las puertas y yo me disponía a bajar del vagón en mi estación de destino, me han sobado el culo a conciencia. No ha sido un roce fortuito en absoluto. He notado claramente como dos manos se posaban en mis nalgas y luego las manoseaban sin reparo. Recuerdo que me he girado furiosa pero la gran cantidad de personas que se han apeado en esa estación, que también es de enlace con la Línea 5, me han arrastrado y me han obligado a quedarme con un par de narices y con el culo contento.

Siempre he odiado que me tocaran el trasero. Mi padre solía hacerlo como una de sus gracias preferidas y yo siempre le reprendía por ello. ¡Y eso que se trataba de mi propio padre y eso que yo era tan solo una niña!

Cuando he salido de nuevo a la calle, estaba muy preocupada por alisarme la parte posterior de mi abrigo. Con ello, estaba intentando eliminar cualquier imaginario vestigio que pudiera quedar del tocamiento que acababa de sufrir, cuando el tacón de mi zapato izquierdo se me ha colado entre el bordillo y la acera con un resultado fácilmente imaginable. He tenido entonces que caminar como una coja hasta la oficina.

Allí me he cambiado los zapatos del tacón roto, por unos más planos y mucho más cómodos. Son unos zapatos de reserva que tengo guardados en el trabajo para que me saquen de cualquier emergencia. Me son muy útiles en los días de lluvia. Algunas veces, los uso simplemente para poder descansar los pies, cuando el resto de mi vestimenta combina adecuadamente con ellos.

Es evidente que éste no ha sido el caso de hoy. Y por tanto, no he tenido otra opción que lucir durante toda la mañana un impecable traje pantalón de color gris oscuro, con los zapatos reserva de color crema y de punta redonda. Ha sido espantoso. Cada paso que daba era como un pequeño atentado visual que clamaba al cielo de una forma silenciosa pero desgarrada.

Ha sido en la oficina donde he tenido la tercera nota desagradable. Y aunque a ésta ya estoy mucho más acostumbrada, no ha dejado por ello de fastidiarme y de joderme enormemente. A eso de media mañana, he tratado de recomponer inútilmente el tacón con un tubo de pegamento de la oficina. Para ello me he ido a los servicios y he empleado unos pocos minutos en el intento. Al salir de ellos me estaba esperando el jefe de mi departamento. El muy capullo, esgrimiendo y haciendo gala una vez más de su habitual simpatía, se ha dirigido a mí diciéndome en tono burlón y ofensivo.

—¿Se puede saber que estabas haciendo en el servicio? Quince minutos dan para mucho allí dentro. ¿Acaso

te dedicas a arreglar aquí, algún problema que no puedas solucionarte tú solita en la habitación de tu propia casa?

Evidentemente, he optado por la decisión de no hacerle caso y solo le he contestado con un escueto:

—Lo siento —e inmediatamente después, he regresado a mi mesa de trabajo sin dar más explicaciones.

Al sentarme de nuevo frente al ordenador de mi mesa, he podido ver como las cifras de la hora rebotaban de forma incansable e implacable en la pantalla. Hace algunas semanas que yo misma configuré el protector para que se activase a los ocho minutos de inactividad. ¿Habrà tenido entonces razón, el seboso y amargado de mi jefe? ¿Habrè estado realmente más tiempo encerrada en el baño del que yo me había imaginado?

—¡Que se joda! Eso ahora ya no me importa en absoluto —pienso esbozando interiormente una tímida sonrisa, mientras cruzo el Paseo de Gracia con la clara intención de perderme en lo que quede de la rebajas de El Corte Inglés.

Yo siempre he sostenido la teoría de que los Grandes Almacenes dosifican y reparten las existencias de sus ofertas durante todo el periodo de rebajas. Por esa razón, todavía confío en que encontraré lo que yo quiero.

Entro y subo hasta la primera planta. Me quedo en ella. Hace tiempo que ya he renunciado a encontrar nada en la cuarta planta, la que está dedicada a la moda para las féminas jóvenes. Me paseo por todo el departamento intentando encontrar un chaquetón. Busco un tres cuartos de color gris oscuro que tenga el cuello muy ancho. A mis treinta y ocho años, he decidido que todas mis prendas de vestir, rocen el espectro cromático del negro absoluto.

Me centro especialmente en la sección de abrigos pero a la media hora abandono la búsqueda y desciendo otra vez hasta la planta baja. Salgo de los almacenes sin haber

comprado nada por la puerta de la esquina que queda más cercana al Portal del Ángel.

El cambio de temperatura me transporta otra vez al repaso cronológico de todo lo que me ha sucedido en el día de hoy. Me concentro en encontrar una posible explicación convincente a lo que he visto en el ordenador. Tengo un trabajo que me gusta. Es un trabajo un poco rutinario y muy distinto a lo que siempre había imaginado para mí, pero también tiene su encanto y hoy he tenido la ocasión de comprobar que tampoco está exento de sorpresas. Estoy completamente segura de que esta mañana he visto en la pantalla del ordenador, algo que no debía haber visto.

Comienzo a descender por La Rambla y dejo la fuente de Canaletas a mi derecha. No quiero pensar más en lo que he visto hoy. Solo pienso en llegar a casa y quitarme los zapatos que me he comprado durante la hora de comida. Me aprietan demasiado. Siento que mis dedos meñiques no tienen espacio en ellos.

No sé como no me he dado cuenta de ello. La culpa la deben tener los zapatos reserva de color crema que he llevado durante toda la mañana. Me habrán relajado tanto los pies que no he notado molestias cuando me he probado los zapatos nuevos. Ahora que ya estoy llegando a casa, siento un dolor difícilmente soportable.

Continúo caminando, procurando abstraerme del dolor cuando giro a la izquierda y entro en mi calle, la calle de la Canuda. En esta pequeña, estrecha y entrañable arteria del casco antiguo de la ciudad, vivo yo desde que tenía unos cuatro años. Mi padre alquiló en aquel entonces, un piso de tres habitaciones en una casa nueva de cinco plantas. Un auténtico lujo para las tres personas que éramos en aquel entonces. Al llegar a su altura, miro instintivamente hacia el balcón de la segunda planta que pertenece a nuestro pequeño comedor. Es uno de los

pocos balcones que no tiene una pancarta textil colgada en él. No soy muy amante de las pancartas pero siento una especial debilidad por una que está colgada en uno de los balcones más altos del edificio contiguo. En ella reza lo siguiente *'Una Plaça de disseny feta sense cap seny'* (Una Plaza de diseño construida sin ningún sentido común). El mensaje al alcalde Clos, no puede ser más claro y acertado.

Centro de nuevo mi mirada en nuestro balcón. Me sorprendo y me preocupo al observar que la luz no está encendida.

—¡Por favor! —me susurro interiormente mientras empujo la puerta que me da entrada a la escalera de mi edificio—. ¡Ya basta por hoy de cosas negativas! —suplico de nuevo con la voz baja y desesperada mientras subo hasta el segundo piso. Cuando me encuentro frente a la puerta de mi casa, hago sonar el timbre y coloco simultáneamente la llave en la cerradura y la abro. Es lo que acostumbro a hacer siempre que entro en casa.

—¡Mamá! —digo alzando la voz, sin obtener ninguna respuesta.

CAPÍTULO 2

—¡MAMÁ! ¿ESTÁS EN CASA? —repito mientras corro hasta su habitación, presa ya de una creciente ansiedad que me atenaza.

La luz de la mesita de su cuarto está encendida. Al entrar veo que mi madre está tumbada en la cama completamente vestida. Me acerco a ella y compruebo que respira muy débilmente, pero todavía lo hace. Tiene los ojos en blanco. Llamo al 061.

Me contesta una voz neutra. Una voz metódica, sin casi entonación. Me desespero y trato de hablar deprisa. Me doy cuenta de que yo estoy intentando recuperar todo el tiempo que ella pierde en sus preguntas. Por fin logro terminar con el inútil interrogatorio al que he sido sometida. Me han asegurado que la ambulancia solo tardará unos pocos minutos.

—Pero, ¿cuántos? —grito desesperada mirando a mi madre.

Me han recomendado que no la toque de la postura en la que se encuentra. El hecho de que siga respirando, así lo aconseja. Estoy nerviosa. Miro por la ventana de la habitación de mi madre que también da al exterior. La gente camina deprisa. El frío relaja el pulso pero acelera el paso.

A estas horas ya no hay nadie mirando las ruinas de las excavaciones de origen romano y visigodo que hay en la plaza. Tan solo un par de perros corren incansables

una y otra vez en busca de la pelota de papel que les lanza el chico que sostiene sus correas.

De pronto una sirena y unas luces rompen el silencio. La monotonía que hasta ese momento imperaba en la Plaza de la Villa de Madrid, se ve alterada por completo.

Veo que la ambulancia se detiene en medio de la calle. Lo hace sin ningún tipo de miramiento. Rápidamente, dos personas descienden de ella y desaparecen de mi vista mientras el tercero, el chofer, se queda al cuidado y preparación de la cabina trasera.

Llaman a mi puerta. Me maldigo al pensar que yo podía estar esperándoles allí, en lugar de haber estado bobeando y mirando por el balcón.

Son un hombre y una mujer. Entran y actúan con rapidez.

—¿Cuánto tiempo lleva en este estado? —pregunta ella, que parece estar al mando del equipo.

—No lo sé. Acabo de llegar del trabajo —contesto aguantando mi voz todo lo que puedo—. ¿Es muy grave? ¿Qué es lo que le ha pasado a mi madre? —pregunto inmediatamente después.

—Tiene todo el aspecto de ser solo una lipotimia. Pero tenemos que hacerle más pruebas para descartar otras posibilidades. Nos la llevamos.

—¿Adonde? —pregunto como una colegiala que parece padecer una incontinencia preguntadora. Sé que lo hago solo porque estoy nerviosa pero así y todo, no puedo evitar hacerlo.

—Al Hospital Clínico. Usted puede venir con nosotros. Hay un asiento libre al lado del conductor.

—De acuerdo —les contesto mientras ellos solicitan la ayuda del tercer miembro de la ambulancia.

Entre los tres bajan a mi madre por la escalera. La han colocado en una especie de silla muy estrecha y con un respaldo muy alto. Veo como su cabeza va de un lado a

otro, sin control. Intento alargar el brazo para sujetarla y para evitar que se golpee pero no logro llegar hasta ella. No me queda otra opción que callar, morderme los labios y dejarles hacer.

La ambulancia atraviesa la ciudad de una forma que me sorprende. Resulta muy extraño moverse por ella dentro de un vehículo que no para de hacer luces y sonidos. Apenas tarda diez minutos en comenzar a perderse por los túneles de acceso a las Urgencias de la calle Casanova.

Cuando bajo de la ambulancia, me indican que debo ir a cumplimentar el ingreso de mi madre a la ventanilla correspondiente. Una vez cumplido con ese sencillo trámite, tengo que subir hasta la planta principal y esperar en la sala. Me dicen que me llamarán en cuanto tengan algo que comunicarme.

Asiento con la cabeza sin pronunciar palabra y miro como se llevan a mi madre en la camilla. Debajo de aquella manta de color blanco con alguna que otra franja azul, apenas se aprecia que hay una persona. Tengo la sensación de que su cuerpo se ha encogido todavía un poco más. Mientras contesto a todas las preguntas para efectuar el ingreso, miro con atención a las paredes. El lugar ofrece una imagen sumamente desangelada. Por fortuna, los enfermos que ingresan por estos sótanos, están demasiado preocupados por lo suyo y no se dan cuenta de ello. En caso contrario, más de uno cogería una profunda depresión que le resultaría mucho más difícil de superar que su propia enfermedad.

Subo los diecinueve escalones que me llevan hasta la gran sala de espera. Busco un asiento libre. La sala está llena a rebosar. Afortunadamente localizo una silla libre en uno de los rincones. Al llegar a ella me quito el abrigo y me lo coloco encima de las piernas. No hay otro sitio donde poder dejarlo.

A mi derecha tengo a tres hombres jóvenes de raza árabe y a una mujer con un pañuelo que le cubre la cabeza. Enfrente veo a una pareja de chicas rubias con los ojos extremadamente claros. Deben ser rusas, ucranianas o algo por el estilo. Al mismo tiempo, a mi izquierda, resuena la voz de un padre regañando a su hijo de unos cuatro o cinco años. El hombre lo hace en un castellano que claramente proviene de las cercanías de los Andes.

—¡Como ha cambiado esta ciudad! —me digo interiormente a mi misma mientras constato que el decorado de actores y actrices es prácticamente el mismo en el resto de la sala de espera.

Poco después, logro fijar mi vista en una viejecita de pelo cano. Ella sí que parece ser autóctona. Está sola y se seca continuamente las lágrimas que brotan de sus ojos con un pañuelo de color azul claro.

Doy otro vistazo general a la sala y cuando mi mirada regresa de nuevo a la viejecita, veo con cierto alivio que ya no está sola. Dos hombretones hechos y derechos están con ella. Imagino que deben ser sus hijos. La familia está completa si cuento que con toda seguridad el que está ingresado es el esposo de la viejecita. Caigo en la cuenta de que mi familia también está aquí completa pero eso ya no tiene tanto mérito, teniendo en cuenta que solo somos dos.

Miro al reloj. Son las once menos cuarto de la noche y tan solo han llamado a dos familiares por el altavoz. Un altavoz horrible que por cierto suena a hueco y combina las reverberaciones con los ruidos secos que producen sus polos al cebarse en demasía. Es un completo despropósito que se concreta en la triste realidad de que casi no se entiende nada de nada de lo que se anuncia a través de él.

La noche sigue avanzando pero yo decido no abandonar mi asiento. Tengo unos deseos enormes de fumar un

cigarrillo pero me resisto. Temo salir al patio interior y perder mi sitio. Además seguro que allí los altavoces se oyen todavía peor. Intento cerrar los ojos para evadirme de todo cuanto me está sucediendo pero solo logro representar, una y otra vez en mi mente, el documento que he visto en la pantalla de mi ordenador cuando regresaba del intento fallido de arreglarme el tacón.

Ahora recuerdo perfectamente que era un albarán de entrega a un cliente de mi zona. Sin embargo y por mucho que lo intento, no logro recordar que ese cliente haya pedido nunca el tipo de material que figuraba en el documento. Y en este caso puedo hablar con perfecto conocimiento de causa porque soy yo la que autoriza todos los pedidos que nos cursa ese cliente. 'Solitex' es uno de los pocos clientes que se podrían etiquetar perfectamente de fieles, de modélicos y de constantes. Sus pedidos son siempre muy regulares. Por eso me extraña lo que he visto esta mañana.

Intento cerrar los ojos. No quiero mirar constantemente al reloj. Consigo dormitar a tramos durante un tiempo que no controlo. Cuando vuelvo a mirar, son ya las cuatro menos diez minutos y todavía no tengo noticias de mi madre. Poco a poco, noto que va aflorando en mi interior, una clara sensación contradictoria. Es evidente que creo que los profesionales de la medicina estarán haciendo todo lo que pueden pero también tengo la firme convicción de que se olvidan de algo muy importante. Pienso que no es de recibo que hayan pasado más de cinco horas sin que nadie me haya dicho nada.

Me viene a la memoria una conversación que repetidamente sostengo con el doctor Miralles. Mi psiquiatra sostiene la teoría de que mi personalidad suele ausentarse con cierta frecuencia y es reemplazada entonces por otra mucho más activa. Mi respuesta es siempre la misma. Yo soy siempre yo. Y lo soy con todos mis defec-

tos y también con mis escasas y pequeñas virtudes. Siempre me muevo por mí misma y voy indefectiblemente unida a mis alegrías y a mis tristes fracasos. No me creo esa dualidad de carácter que él cree ver reflejada en mis respuestas.

Él dice que cuando me encuentro bajo tratamiento hipnótico, se confirma su teoría pero yo siempre le contesto que no me lo creo. El doctor Miralles es una persona a la que conozco desde hace más de veinticinco años y cuenta con mi plena admiración. Sobre todo porque él siempre logra encontrar, con una especial habilidad, nuevos argumentos para poder continuar el tratamiento con sus pacientes. También argumenta que yo soy algo especial para él. Me considera una “rara avis” en su jaula particular. Lo cierto es que comencé a visitarle a los doce años, después de padecer una serie de dolores de cabeza que incluso me hicieron perder la consciencia en un par de ocasiones. Siempre me ha tratado con un tacto especial y todavía continúa a la espera de poder confirmar en mí, sus fantásticas teorías.

Miro de nuevo al reloj. Ya son las cinco y veinte de la madrugada cuando el altavoz emite un nuevo chasquido y se oye una voz que dice.

—Familiares de Encarnación Surroca pasen a información.

Doy un salto y me levanto. Me dirijo hacia el pasillo de los despachos pero una chica joven con indumentaria de color verde y una bata blanca por encima, me sale al paso. La miro y observo que no debe tener más de veintidós o veintitrés años.

—¿Familiar de Encarnación Surroca? —me pregunta.

—Sí —le contesto—. Soy su hija —añado sin dilación.

—Hemos tenido problemas —me dice de sopetón.

—¿Cómo está mi madre? —le pregunto mientras me fijo en la caprichosa forma en la que se mueve el estetos-

copio que lleva colgando por detrás del cuello.

—Ha sufrido un paro cardíaco. Ahora ya está estable. La hemos llevado a cuidados intensivos. Nos ha dado un buen susto.

Noto que una presión creciente me sube desde el estómago. Al final, es mi boca la que logra liberar esta presión cuando la abro y me pongo a gritar sin poder evitarlo.

—¿Me está diciendo que mi madre ha estado a las puertas de la muerte y que yo que estaba aquí abajo, no me he enterado? ¿Es ésta la clase de información de la que tanto presume el estamento médico?

—Cálmese señora —me corta sin que se le atisbe ni una señal de comprensión a lo que acabo de decirle—. Nuestra misión no consiste en retransmitir minuto a minuto la evolución de los enfermos. Nuestra labor se concentra en aplicar nuestros conocimientos para salvar vidas y en el caso de su madre, eso es lo que hemos hecho.

—¿Puedo hablar con ella?, ¿Puedo verla?

—Puede usted subir conmigo siempre que mantenga la compostura. Podrá verla durante cinco minutos, no más. Está en un grado de consciencia reducido. Hemos preferido no sedarla demasiado en estos momentos. Sobre todo, le pido que no la fatigue.

—Muchas gracias y le pido mil disculpas por lo de antes —le digo.

Subimos con el ascensor hasta la quinta planta. Lo hacemos en silencio y sin ni siquiera cruzarnos una mirada. Ella va siempre delante. Yo la sigo en su caminar cruzando todas las puertas, hasta que ella descorre una cortina y puedo ver a mi madre tendida en la camilla con los ojos cerrados. Me acerco a su lado y le cojo la mano. Al notar mi presencia abre los ojos y creo sentir que me aprieta ligeramente la mano. Estoy segura de que sabe

que yo ya estoy con ella.

La miro. Tengo que tragar saliva un par de veces y respirar muy profundamente para ahuyentar la inundación de lágrimas que me viene a los ojos. Ella sin embargo, me hace con la cabeza una señal inequívoca de que me acerque. Creo que quiere decirme algo. Con la mano que tengo libre le hago gestos muy claros de que se calme y de que no se preocupe por nada pero ella insiste.

Miro a mi alrededor. Estamos las dos solas. Accedo a su petición y me acerco lo más que puedo, a sus labios.

—Me han quitado la llave —me susurra con su débil voz.

—¿Qué llave? —le pregunto. Lo hago solo por seguirle la corriente porque estoy convencida de que está delirando.

Ella me señala su cuello.

—No te preocupes por eso ahora, mamá. La habrán guardado.

De repente me viene a la mente que debe tratarse de la llave que ella siempre ha tratado de esconder a mi vista. Yo siempre me he imaginado que esa llave perteneció a mi padre y que ella actuaba de esa forma, para evitar mis indiscretas preguntas.

—¿Te refieres a la llave de papá?

—Sí —asiente ella pero moviendo la cabeza como si mi pregunta no fuera del todo acertada.

—Pero si ya no debe servir para nada, mamá —le digo yo para que se olvide de ello.

—Te equivocas —me contradice rápidamente—. Debes recuperar esa llave. Pregunta donde está y llévate-la contigo.

—Pero, ¿para qué, mamá?

—El Diario —me susurra todavía más flojo. Lo dice como si intentara evitar que otras personas pudieran estar escuchando lo que ella me está contando.

—¿Qué Diario? —vuelvo a preguntar yo, a pesar de que a cada minuto que pasa, tengo la más firme convicción de que la enfermedad o la medicación que le han dado, le ha afectado el raciocinio.

—Ha llegado el momento de que el Diario pase a tus manos. Pero debes prometerme que no lo tocarás hasta que yo haya muerto.

—Mira mamá, deja ya de decir tonterías. Te lo prometo solo para que te tranquilices y descanses —le susurro a su oído, pero ella no se aparta de su obsesión.

—Recupera la llave —me repite.

En este instante entra la doctora y me dice que debo marcharme. Yo le pregunto por las cadenas y las medallas que llevaba mi madre colgadas en el cuello. Ella me señala una bolsa. La bolsa está debajo de la camilla. Justo en la parte de los pies.

—Ahí está todo. La ropa que llevaba y todo lo demás. Es mejor que usted se lo lleve todo. Así nos evitará problemas y complicaciones. Aquí no va necesitar nada de todo esto. Si acaso, le puede traer una bata porque cuando salga de aquí, de intensivos, ingresará en planta.

—Gracias —le digo mientras me agacho y cojo la bolsa. Luego la levanto para que mi madre se entere de que me la llevo. Espero que así se tranquilice.

Sin embargo, ella me vuelve a hacer señas de que me acerque otra vez.

—Voy a darle un beso —le digo a la doctora que ya se empieza a impacientar.

Me inclino sobre mi madre y ella me sujeta rápidamente la mano con más fuerza que antes. Cuando nuestras caras están a punto de rozarse, me susurra en voz muy baja.

—Antes de marcharte comprueba que te llevas la llave.

—Sí, mamá. No te preocupes —le contesto mientras le beso las dos mejillas.

Me retiro y me paro a los pies de la cama mientras le hago un gesto de pretendida complicidad a la doctora.

—Permítame. Van a ser solo treinta segundos y estoy segura de que mi madre va a quedarse mucho más tranquila, si le muestro lo que ella está deseando ver.

La doctora asiente y se cruza de brazos. Yo abro la bolsa y rápidamente localizo lo que estoy buscando. Saco la cadena con la llave y me la cuelgo de mi cuello. Mi madre esboza una sonrisa y cierra los ojos. La doctora sale tras de mí y cierra la cortina. Yo, por mi parte, soy también muy consciente de que acabo de cerrar una parte de mi vida. Una más. Sé que mi madre no va a salir de ésta. Sé que difícilmente volveremos a estar juntas, como antes, en el piso de la calle de la Canuda. La doctora me despide en la puerta de la sala. Yo llamo al ascensor. Mi vista está clavada en el suelo. Mis ojos empiezan a liberar los fluidos retenidos. El piloto del ascensor no se ilumina. Después de tres minutos de esperar en vano, decido bajar los cinco pisos por las escaleras.

Pienso que es inútil que siga esperando en la sala general. Hoy ya me lo han dicho todo. Salgo a la calle cuando la ciudad empieza a recuperar el frenético pulso de la vida cotidiana. Son las seis y cuarto de la mañana y me siento sola y desamparada. El día es gris y hace mucho frío. Casi sin quererlo y por un pequeño instante cierro los ojos en medio de la calle. Son solo unas décimas de segundo pero a mi me parecen una eternidad. Noto que un terrible desamparo se apodera de mí. Tengo la sensación de estar tan sola como se encontraba Gwyneth Paltrow, en el papel de Emily Bradford Taylor en la película 'Un asesinato perfecto', solo que a mí no me está intentando matar nadie.

O por lo menos, eso es lo que pienso yo.